

# Los revolucionarios de Azcoitia

por

Juan María López Albizu

Más que discutida fué calificada sin apelación la filiación pública religiosa de los creadores y mantenedores de la Real Sociedad de Amigos del País. Calificación inmerecida, como lo demostró cumplidamente el docto homenajeadó don Julio de Urquijo. por lo que no pretendo volver sobre el documentado estudio, pero sí he desenfundado la enroñecida pluma para, sin ínfulas de erudición, dedicar un recuerdo a aquellos revolucionarios, beneméritos patricios, que por muchos conceptos pueden y deben ser maestros de una generación que, al cabo de los siglos, no los ha superado; más bien ha quedado rezagada en los puntos esenciales que nuestros antepasados se propusieron.

Nuestra petulante generación mira por encima del hombro a los que no comparten su culto negroide y niegan modernidad a los que sólo rinden pleitesía a lo bueno y bello absoluto. La desintegración moral les parece que, como en la atómica, es la última palabra, olvidando que puede repetirse lo que en el aprendizaje de brujo, como en lo físico en lo moral.

Construir, crear, ordenar, mejorar, perfeccionar en sí y en los demás, ideales, normas, hábitos de vida, éste es el fin que se propusieron los contertulios de Azcoitia, los correspondientes de Vergara. ¿Puede ser ésta la finalidad de los actuales sucesores?

No hay generación espontánea, no existe aislamiento, ese vacío que se requeriría para que surgiesen sin antecedentes los móviles e ideas; cierto que antaño, los países, sus costumbres, sus ideas, y sus hombres, estaban muchísimo más separados que

en el mundo en que vivimos. Pero, a pesar del largo tiempo que empleaban en llegar a sus destinos, los hombres y sus libros llegaban como el polen a todas partes y las ideas cuajadas en los impresos portaban las semillas henchidas de frutos.

En las ideas de los caballeros cabría hacer un análisis de sus orígenes, análisis minucioso que no dudo ocupará la atención de algún investigador que nos vendrá a demostrar que no hay nada nuevo bajo el sol, pero ello no disminuirá ni un ápice el mérito de nuestros antepasados como rápidamente lo indicaremos.

Su base es la religión con todos los deberes que implica, porque no se atuvieron como hoy es desgraciadamente corriente a lo formal en lo externo. En métodos pedagógicos participaron de los modelos de su tiempo. Tal vez encontraríamos algo de Comenio y de Rousseau. Desde luego en su afán y amor a las ciencias no pensaron como el autor de la memoria premiada por la Academia de Dijon, antes, al contrario, pensaron que mejorando las condiciones del trabajo se aliviarían sus cargas y esperaban que el proceso acelerase la felicidad. En otros aspectos, hay una total disparidad con el maestro de Ginebra, que a punto estuvo de terminar sus días en Azcoitia reconverso por los esfuerzos de su amigo Altuna ¡Qué lástima que no se produjese tan fausto suceso! Definitivamente hubiese quedado fijo en la historia universal el nombre de Altuna, de aquella apostólica alma que ofreció oraciones y atracciones para que el viejo amigo de Venecia, el ídolo de aquel tiempo, padre de la revolución francesa, se recogiese en la idílica campiña guipuzcoana sosegando su atormentado espíritu.

Frobenius sin ser lamarkista atribuye gran influencia al medio ambiente. Desde luego que son muchos los factores que intervienen en la plasmación de la estatua humana. Calor y frío, montaña y valle, vida sedentaria o físicamente activa, preocupaciones intelectuales, facilidades o dificultades en la vida, alimentación con su enorme influencia sobre el sistema endocrino.

No cabe duda que sobre todos los factores tiene preponderante

influencia el ambiente familiar, el horizonte en que se explaye el alma en sus primeros años.

A esto deberá atribuirse en gran parte el surgimiento de figuras tan señeras como las de los hombres del vascuence que constituyeron la Sociedad de Amigos del País.

El sosiego idílico de los lugares. La educación profunda familiar despertadora de inquietudes nobles. El concepto de los deberes colectivos que mana del Decálogo. El amor a la Patria vinculado en el bienestar de los ciudadanos, hicieron de esos hombres los portaestandartes del mundo superior de las ideas en un país alejado de las corrientes intelectuales.

Lo nuevo, lo espontáneo, es la decisión, ese pasar del mundo de los buenos propósitos al de los hechos, venciendo las rebeldías de la pereza, las sonrojeces del amor propio que no dejó de ser vaporeado por los dimes y diretes de los eternos descontentos e incapaces que ni herran ni dejan herrar.

Confianza en las cualidades de sus paisanos, se decidieron incorporar el «Vascuence» al progreso ascensional de otros países y las obras demuestran que lo lograron; por ellas hablan la Real Sociedad de Amigos, el Real Seminario de Vergara y lo que hoy mismo está brotando con empuje entusiasta entre los estudiosos del País.

Claro que todo esto implicaba una revolución en las costumbres del momento. Quien conozca la patriarcal Yraurgi, la vieja Azcoitia, como adormilada al socaire del Izarraitz por el canturreo del Urola, se extrañará que en su seno pudieron hallarse hombres tan tremendos conspiradores y revolucionarios.

Revolucionarios de la peor laya para la ignorancia, el fanatismo y la pereza.

Revolucionarios que lejos de encastillarse en su egoísmo de bien avenidos con la vida, sacudieron la rutina y decididos se enfrentaron con los obstáculos que se oponían al bienestar general de su Provincia y de sus hermanos.

Conspiraron para ello en las veladas azcoitianas bajo los sólidos techos y cabe las paredes bien guarnecidas de tapices de la

casa Insausti. En aquellas tertulias se estudiaron con detalle y cariño, problemas y programas; y más tarde en Vergara maduraron los frutos bajo la protección de San Martín de Aguirre. ¡Qué originales revolucionarios!

Procurar el bien común fué el pecado de los Amigos del País y como todo lo que a él tiende es revolucionario, he ahí incursos en heterodoxia a los peligrosos varones que bruñían sus conciencias en los Ejercicio Espirituales practicados en la casa solar del más insigne de los hijos del valle de Loyola.

No eran chicos los problemas y requerían audacia los programas, pero el amor todo lo puede. Las crisis económicas, achaque que se repite en la Historia, menudeaban en Guipúzcoa. Una gravísima acababan de sortear en el País gracias a la magnanimidad del preclarísimo azpeitiano Altuna, pero persistiendo las causas, había que temer se reprodujesen los males. La tranquilidad de un país no debe hacerse depender de la generosidad de uno de sus hijos; todos son los que deben concurrir a remediarlos.

Una de las causas no sólo permanente, sino agravante, era la insuficiencia de lo que hoy llamamos espacio vital. Guipúzcoa es pequeña y sus tierras no daban ni dan lo suficiente para mantener a sus habitantes que se multiplican mientras la superficie cultivable permanece la misma. Además, la costumbre testamentaria favorecedora de los mayorazgos, dejaba en mala situación a los segundones y demás prole.

Hoy gran parte de este problema lo ha resuelto la gran industria que recoge el excedente campesino, pero entonces no había otro medio que la expatriación con sus bienes y males.

La emigración bien organizada redundaba en beneficio mutuo de los países interesados.

Los ilustres antepasados creadores de la Real Compañía de Caracas, la más atrevida empresa comercial de sus tiempos, canalizaría hacia Venezuela parte del excedente humano. Pero esto no bastó. Los problemas sociales y económicos son demasiado complejos para que puedan resolverse totalmente y quedaba latente esperando un complemento. Es verdad que a las tierras no se las puede multiplicar en extensión pero sí en productividad

mediante cultivos metódicos, abonos, máquinas. Pero si alguien es reacio al empleo de estos medios, es el mismo labrador y hay que convencerle. Tarea no fácil, larga tarea en la que deben intervenir las que para ellos son autoridades, los que saben «jaquinzus». Paralelo al problema agrícola convenía estudiar la posibilidad de desarrollar la industria del país dándole una base científica y he aquí cómo se bocetan los principios fundamentales del Real Seminario.

De este modo se preparan las bases para un bienestar general pacífico tan necesario creando un clima de interior satisfacción, factor el más importante para la prosperidad y alejamiento de perturbaciones. De esos seísmos sociales que destrozan a los pueblos. Como en toda progresiva.

Algo de esto se sabía en Azpeitia, Azcoitia. Todavía se recordaban con horror las fratricidas luchas de oñacinos y gamboínos que «ensangrentaron los contornos y las aguas del Urola», y sólo la posibilidad de su repetición bajo cualquier forma estremecía sus almas. De ahí su afán de establecer la hermandad entre los conciudadanos de las tres provincias mediante el mutuo conocimiento, fomentando las amistades, estrechando los vínculos mediante comunes afanes de cultura: Irurak-Bat.

Estos y todos los afanes de nuestros maestros a través de dos siglos han llegado al nuestro mantenidos con tesón gracias a hombres como nuestro querido don Julio, y sus discípulos a quienes debemos la realidad actual y la posibilidad de un rebrote amplio y vigoroso.

Me permito dirigir una súplica a todos los amantes de la Historia del País para que contribuyan con los originales o copias que puedan conservar en sus bibliotecas, archivos de los documentos o libros o capítulos de libros que sirvan para un mayor esclarecimiento de nuestra cultura, ofreciéndolos a la Comisión de Cultura de la Real Sociedad de Amigos del País, para de esa manera constituir una fuente única como monumento que perpetúe estas fechas de homenaje a don Julio de Urquijo y al propio País.